

El oficio no oficio de escribir

Fanny Buitrago

I

El cuándo y cómo me convertí en escritora es una historia que pertenece a mi caudal de recuerdos infantiles. No viene al caso extenderme en ella sin evocar abuelos, padres, tíos, primos y otras personas que influenciaron mi imaginación y mi futuro. Sería preciso citar muchos libros y películas, realizar distintos viajes a sueños y lugares. Todo eso, pues, lo relataré en otra ocasión.

El cuándo elegí exactamente mi oficio es la pregunta que siempre me hacen entrevistadores y estudiantes, tan poco original y tan razonable a la vez. Si retrocedo en el tiempo puedo fijar, como si editase las secuencias de un video, más de diez o doce momentos durante los cuales comencé a trabajar con imágenes y palabras. Me limitaré a uno de ellos.

Un día, en mis siete u ocho años, escuché a una profesora describir el cielo. Era un territorio blanco y azul celeste donde muchos ángeles reunidos en círculos tocaban el arpa por toda la eternidad. Al cielo —dijo ella— iríamos tarde o temprano los niños buenos y obedientes. ¡Era el colmo! ¡Qué sitio más aburrido! Ese día tuve un estallido rebelde y decidí que no quería ir al cielo. Tomé mi caja de acuarelas y pinté otro cielo. Un sitio lleno de azules y de luz, flores, pájaros, arroyos cristalinos, fuentes, árboles cuajados de diamantes, rubíes y frutas verdaderas, montañas de dulces y juegos artificiales. Evidentemente ya había leído un condensado de *Las mil noches y una noche*; pero, las acuarelas dieron una

pobre idea del paraíso. Entonces, rompí el papel y conservé mi cielo en la memoria, donde permanece inalterable. Solamente añadí la música: mis ángeles cantaban *Danubio azul, ja, ja, de plata y zafir, ja ja*.

Desde entonces he escuchado e imaginado muchísimas historias. Las he narrado oralmente, las he vivido, las he escrito. También soñado, llorado, disfrutado intensamente. En cambio, mis intentos para utilizar la grabadora y agilizar la creación han fracasado miserablemente.

II

¿Cómo escribes una historia? Es otra pregunta que se hace constantemente. Yo no tengo la fórmula exacta. Sospecho que ningún escritor la tiene. Los temas, en general, se imponen solos. Rondan por mi mente mientras lavo los platos, camino o me desvelo. Se aparecen de repente, como ángeles o fantasmas. ¡Es como un súbito enamoramiento! Escribir un relato preciso es un acto de magia en varios tiempos. Para materializar lo que no existe hay que acudir a muchísimos elementos y volcar los mismos en palabras. Lo más importante es tener una visión muy nítida del asunto que se quiere narrar. Aún así, se está a merced de la sorpresa y la traición. No importa cuán atractiva aparezca una historia oral, o cuán emocionante. En el papel puede convertirse en humo. En cambio, una frase escuchada al azar quizá contiene un pequeño

mundo. Yo prefiero que mis historias tomen su propio espacio y su propio camino. No insisto en ellas cuando no quieren materializarse. Así, puedo tardar dos años entre la primera tentativa de escribir un relato y la corrección final. Y por lo mismo trabajo varios temas a la vez. Cuando me bloqueo con un asunto, ya tengo otro haciendo fila en la máquina. Es un truco que me enseñó Isaac Asimov y me ha permitido liberarme del miedo a la página en blanco, y a la depresión que asalta a ciertos autores cuando terminaron una obra y se enfrentan repentinamente a crear desde un espacio vacío.

Pues bien, mis espacios están colmados para los próximos diez años.

En general, cuando me lanzo a la máquina ya he creado personajes, diálogos, situaciones. Ningún sentimiento es desdeñable, ninguna trama imposible. La agonía de una hoja verde roída por un gusano es tan atractiva como la historia de una persona agobiada por el amor, la culpa o el terror. La aparición de un arco iris en el firmamento puede compararse al júbilo de reencontrar a un ser amado. Todo es importante en un relato. Colores, dimensiones, música, armazones. Hay temas que exigen tonos fuertes y palabras sugestivas. Otros que son como monjes de la trapa.

Seré más clara: cuando escribí *Bahía Sonora* la trabajé como quien trabaja un lienzo. Además del lenguaje y los personajes, interviene el mar, el viento, la canícula, el aliento de la tierra. El color era fundamental y todavía siento las yemas de mis dedos untadas de oro, azul añil, vainilla, rojo lacre. En cambio, al crear *Libranos de todo mal* me sentí con el cincel del escultor. Quería un escenario vocinglero y desolado a la vez, lleno de niebla y concreto. Tuve que suprimir aristas, protuberancias, esquinas. Aún así, no logré eliminar del todo la poesía, y necesité un día entero para obtener el color de los eucaliptus en los puentes de la veintiséis en Bogotá y más tiempo para describir el caos y la lluvia característicos del invierno en esta ciudad. A la niebla me limité a copiarla utilizando otra vez mis acuarelas mentales.

La memoria es vital cuando se escribe un texto. Si se ha ejercitado bien, elimina muchí-

simo tiempo en una biblioteca. La mía es bastante aceptable, y trabaja en planos. Puede repetir conversaciones, retratar colores, resolver enigmas en sueños. Suelo equivocarme al citar el autor de un libro, pero no al recordar el contenido del libro. Y esto es de gran ayuda cuando se escribe ensayo o se participa en una mesa redonda. Y tan importante como la memoria es la noción del diseño, que permite otorgarle al texto su funcionalidad, lo cual no siempre es fácil. Hay cuentos y novelas que he escrito en pirámide, otras en escalera, otras siguiendo el ritmo de la tragedia griega o detrás de la ronda infantil. *¡Libranos de todo mal!* es, como *Bahía Sonora*, un libro circular; pero, con un añadido, el círculo contiene poliedros. Y una novela escalera es *Los expulsados del reino*. Voy de escalón en escalón, desde el primer capítulo "Lista inicial de fugitivos", sin olvidar los pasillos y las puertas de acceso a los mismos. En cambio, mis relatos infantiles son música y colorido ante todo. Me he sentado a escribir lo que viví de niña, lo que me contaron de niña, lo que vivieron mis hermanos, tías, mi abuelo, mi primo, y, también, lo que podrían vivir los niños que conozco ahora. Son libros luminosos, felices, quizá nostálgicos. El primero de ellos, *La casa del abuelo*, surgió en un momento muy triste. Los otros fluyeron, se ordenaron casi solos. Escribirlos fue como batir merengues y hacer cadeneta. Me servi de la memoria de mi tía Mercedes y de mi mamá para describir las flores del jardín de mi abuela. Los dulces eran inolvidables. Yo los había disfrutado uno a uno.

III

Escribir, además del oficio en donde intervienen las imágenes y la palabra escrita, es un estado espiritual. Quien se dedica a la literatura, en cierta forma, hace una profesión de fe. Porque con el trabajador de la palabra no sucede lo mismo que con el médico, el abogado, el sacerdote o el arquitecto, que son médicos, abogados, sacerdotes o arquitectos, aunque no ejerzan la profesión. Al profesional de la literatura y la palabra se le niega sistemáticamente el derecho a ejercer. Yo no me

atrevería a decirle a un pintor ¿y todavía pintas?, o a un médico, cómo realizar una operación de la vesícula o el corazón. En cambio, cualquiera se siente con autoridad de encauzar a un escritor. Personas que no han escrito dos líneas buenas, que nunca han luchado con un personaje, ni han extraído gemas de la nada, asumen que pueden influenciar, dirigir, disciplinar a un escritor. En Colombia, donde los cuentistas y novelistas potenciales están en todos los ambientes, es normal que se desdeñe al escritor. Para mí es común escuchar lo siguiente: "¡Ah, eres Fanny Buitrago, la escritora! Dime, ¿en qué trabajas? Porque yo también escribo. Escribir es un placer y cuando yo tenga el tiempo..., pues ahora dicto clases, estoy en una gerencia, dirijo un departamento comercial", y etc... Y el otro comentario: "Ah, eres la Buitrago. Claro, yo no te he leído nunca. A mí me gustan los escritores franceses". Y después de una pausa, "¿leerías una novela que estoy escribiendo?".

De acuerdo, escribir es un placer. Y debido a ello, mi oficio despierta enorme desconfianza. ¿Cómo es posible que se considere profesión a una acción que depara momentos tan excitantes como hacer magia? Lo justo, piensan los extraños, es que se viva de un oficio aburrido y aun odiado. La literatura y sus afines tienen la aureola del fin de semana y las vacaciones. Están bien para distraerse y distraer, sanar heridas espirituales, aislar de los problemas económicos y sentimentales.

Pero, hace rato que convertí a Picasso en uno de mis maestros. Y él me enseñó a través de una entrevista: "Si se tiene el coraje de vivir haciendo lo que a uno le gusta, siempre cae algo". Y tal máxima la he aplicado rigurosamente en los últimos tiempos. Y nunca me faltó el dinero. A veces, me sobra, y a veces me angustia su facilidad en volar. Sin embargo, siempre llega.

Por supuesto, vivir del oficio de escribir no es sencillo cuando no se ha logrado una fama monumental. Aún así, jamás acepto nada que no desee hacer con entusiasmo. Ni artículo, ni columna en revista o periódico, ser jurado de concursos o participar en una mesa redonda. Casi siempre digo "no" a las lecturas en público. Y en mi vida he dictado una conferencia. Todo eso es muy atractivo, pero

quita mucho tiempo, retrasa la labor creativa; y en el caso de lecturas, mesas redondas, talleres literarios, se aspira a que el escritor no cobre nada por su tiempo. Y encima escriba ponencias y ensayos que le pueden deparar quince días o un mes de trabajo. El amor a la literatura, por la literatura, es peligroso. Y el amor a figurar siempre es veneno.

IV

Desde que escribí *El hostigante verano de los dioses* aprendí una verdad. Mucha gente rechaza ciertos libros a priori, pues ofenden sus principios o los enfrentan a situaciones que consideran imposibles. Hay lectores que esperan enseñanzas literales del autor, directrices políticas, sorpresas a cada instante. Y comentaristas y críticos que no van más allá de la superficie de un libro. Lo escrito realmente no les interesa.

Si bien la literatura es un camino en la oscuridad, a tientas por territorios escarpados y siempre a la búsqueda de la verdadera luz, la idea de dedicarme de entrada a esa luz, ni siquiera se acerca a lo posible. Como muchos escritores, intento crear un mundo, destacarme en el ámbito literario. Y por lo mismo, es difícilísimo no caer en ciertas tentaciones. Nunca falta el amigo sabio o el editor avisado que opina: "Mira, lo que está de moda es la novela histórica". "Lo que vende es el relato de corte periodístico". "Mejor una noveleta romántica...". Nada es rechazable, cierto. Pero la verdad de cada narrador es diferente. Y hay que escribir lo que hay que escribir.

La meta de la gran novela de América Latina también me ha pasado por la mente. ¿Por qué no? Sin embargo, nunca me he empeñado en ella. Escribo y escribo, sí. Quizá la gran novela, quizá la novela sencilla, quizá el pavor, quizá lo cotidiano.

Se me dirá que soy menos disciplinada de lo que creo, que voy iniciando historias y abandonándolas. Así es, ya lo dije antes. Soy indisciplinada en medio de la disciplina. Y lenta en corregir. Puedo escribir tres relatos en una semana, a mano, y guardarlos por dos o tres años. Crear no es todo. Esa es la parte maravillosa y vital. El otro lado, el interesante, es la investigación. En los últimos

años, por ejemplo, he tenido que aprender sobre armas, sobre telas, sobre células vivas. Si patentase las esencias descritas en una novela corta que escribí el año pasado (tres meses, desde las seis de la mañana al medio día, con las normales interrupciones) me volvería millonaria. Fue tan delicioso escribir, como mezclar los imaginarios ingredientes. Una de tales esencias, a base de canela, la adopté para mí. Las otras, de menta y albahaca, de pomarrosa y ruda, existirán en la literatura y, de cuando en cuando, en una botella medicinal. Todavía le coqueteo a la idea de tornar realidad el perfume-crema destinado a que los amantes "ardan" en una llama azul bermeja, al rastrillar de un fósforo, pero sin quemarse. Su invisible creación tiene bases populares mezcladas con unas cuantas nociones de química.

Hay mucho que decir sobre el oficio de escribir. Para mí, es el arte de convertir los sueños ociosos en historias leíbles. Es recrear el pasado, analizar el presente, vislumbrar el porvenir, viajar más allá del más allá. Y la ciencia de vencer el miedo a la oscuridad.

En cuanto al trabajo raso, al de las palabras y el tiempo, al de las escaleras, los poliedros y decaedros, estimo que tales oficios (dentro del oficio) pertenecen a la artesanía. Explicar cómo se suprimen los para, los por, los contra y los desde, en un texto, no tiene nada de sugestivo. Tampoco la magia del verbo es suficiente para disipar la fatiga de leer y releer, de corregir y reescribir, páginas vistas una y otra vez. Es parte del precio exi-

gido por el derecho a imaginar, por la alegría de hacerlo. En el oficio de narrar, quizá lo más difícil no es planear y crear relatos, novelas, obras de teatro, ensayos. Lo difícil es terminar lo iniciado.

Por otra parte, escribir, un oficio presidido por la ociosidad de imaginar, es la carrera que elegí. Y me gusta muchísimo. No tengo jefes, no tengo horarios, en general puedo ir y venir sin cortapisas. Nadie me increpa si resuelvo caminar horas enteras o escaparme al mar en mitad de la semana; al mar, a otras ciudades, a otros países, e inclusive a distintas dimensiones del recuerdo o del olvido.

A pesar de la violencia, el temor, las fuerzas oscuras que merodean por nuestro continente, los peligros que acechan, mi oficio me permite cierto grado de libertad y el lujo de expresarme. Aunque todavía no me ha llegado el tiempo de retratar un mundo luminoso, sin tiranos, sin guerras, sin campos de concentración, sin miseria o angustia, aspiro a hacerlo... Y a ese respecto me pregunto, con miedo y esperanza, ¿me alcanzará la vida? Espero que sí.

No quisiera morir y reencarnar como escritora. Sospecho que al escribir estoy pagando un karma, que me apasiona, pero karma al fin. Si naciera otra vez, me gustaría ser bióloga, ser química, o tener buenos ojos para dedicarme a la pintura. Ser, por sobre todo, en los próximos siglos, un personaje de mis novelas y relatos de hoy.

